

LA SITUACIÓN DE LA FE EN ESPAÑA

Reflexiones teológicas al hilo de los documentos pastorales de los obispos españoles (1965-1988)

JOSÉ MIGUEL ODERO

La fe es para el teólogo la línea horizonte donde la revelación salvadora incide en el corazón del hombre. La consideración teológica de la fe subraya a la vez la soberana libertad del amor divino y la dinámica teocéntrica del ser humano, creado a imagen de Dios. Pero esa dinámica no es deducida desde categorías abstractas ni desde una cierta imagen estática del hombre, sino que es percibida y calibrada reiteradamente en la humanidad histórica, en los hombres de nuestra época y en el devenir de la historia humana, que también está presente como cultura en el hombre contemporáneo.

La antropología teológica ha de ser por ello metafísica e histórica. Este gran principio, como tantos otros, ha sido percibido y destacado en nuestros días por el Concilio Vaticano II, no sólo de forma temática, sino en un modo especialmente elocuente: encarnándolo en la «Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual», uno de los focos inspiradores de la letra y del espíritu conciliar.

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, en cuanto contiene un análisis de la situación del hombre contemporáneo, una constatación de sus anhelos y una interpretación teológica de sus glorias y miserias, presenta para el Magisterio eclesial postconciliar no sólo un punto de referencia doctrinal sino también el esquema de un modo de ejercer la reflexión pastoral que debe preceder y guiar la acción apostólica de la Iglesia.

En este punto teología y Magisterio hallan un campo de fecunda colaboración. Los Pastores, en contacto directo con las necesidades de los fieles, pueden aportar una rica fenomenología del estado de la fe. El análisis científico puede iluminar luego ese discurso autorizado sobre la fe, enriqueciéndolo, respondiendo a la cuestión de la etiología de las posibles deficiencias de la fe proponiendo las medidas más convenientes para su terapia.

Naturalmente las relaciones teología-magisterio son notablemente más complejas, pues los Pastores se sirven de los análisis teológicos para describir al hombre contemporáneo y el teólogo tiene también naturalmente un acceso experiencial a la realidad humana histórica. Pero estas precisiones no invalidan la tesis que enunciábamos en el párrafo anterior.

Este escrito pretende servir a ese ideal de colaboración, analizando la situación actual de la fe de los españoles según algunos de los documentos de los Obispos españoles posteriores al Concilio. Luego trataremos de elaborar algunas reflexiones teológicas el hilo de los problemas y planteados.

En la lectura de esos documentos episcopales hemos prestado especial atención a los aspectos negativos de la fe de los españoles, es decir, aquellos que deben ser objeto de terapia pastoral urgente. Naturalmente no debe desenfocarse este análisis, pues, simultáneamente a esas deficiencias que van a ser señaladas, el estado de la fe en España tiene otros muchos aspectos positivos que son fundamento de una gran esperanza evangelizadora.

Documentos de la Conferencia Episcopal Española (1965-1974)

Apenas concluido el Concilio, los Obispos españoles —aún no constituidos jurídicamente en Conferencia Episcopal— redactaron en Roma un documento titulado «*Sobre acción en la etapa postconciliar*» (Roma, 8.XII. 1965). En él se detectaba un cierto adormecimiento de la fe de los españoles (nn. 29s.), manifestado en reticencias de unos e intemperancias de otros a la hora de aplicar la doctrina conciliar, pero propulsado por factores más hondos. Los Obispos denunciaban la falta de vitalidad de la fe por su mínima influencia en cuestiones tan vitales como las decisiones acerca de la natalidad y en materias de justicia social. Esta debilitación de la fe parecía haberse producido al paio del progreso económico del país (n. 28).

Dos años más tarde, la Conferencia Episcopal emitía un informe sobre «*La fe católica en España*» (VII. 1967). De nuevo se ponía el dedo en la llaga de una menor vitalidad en la fe, signo de la cual era la despreocupación de los católicos por la incidencia social de la fe. Es urgente desarrollar las virtudes sociales —proponía el informe—, si no, la fe acabaría disolviéndose en el ateísmo de unos y en el egoísmo de otros.

Junto a estas preocupaciones reiteradas en textos anteriores, apuntaba entonces otra, nueva e importante: la infiltración en el pueblo cristiano de ideas que enturbiaban la pureza de la fe con el pretexto de adaptarla a la modernidad. El remedio —se señalaba— ha de ser una mayor formación doctrinal, asimilando correctamente el Concilio.

Un año más tarde, en el decreto «*Sobre la libertad religiosa*» (22.I.1968), se apostilló que, aun siendo España mayoritariamente católica, algunos no practican y otros se dejan llevar por ideologías materialistas (n. 8). Se concretaba así más cuáles eran las ideas que enturbiaban la formación religiosa de los jóvenes (n. 12).

El documento «*Sobre el ministerio sacerdotal*» (2.XII.1969) vendría luego a considerar que este fenómeno de debilitación de la fe popular no es ajeno a la responsabilidad de los presbíteros españoles. Los Obispos contemplan cómo en algunos de éstos había cundido el desaliento y la incertidumbre ante los cambios profundos de la sociedad (n. 2), de modo que se han incapacitado para ser maestros de certeza en la fe.

La situación preocupante de los católicos españoles vuelve a ser considerada dos años más tarde en un documento «*Sobre la conservación y predicación del mensaje de la fe*» (25.III.1971): los fieles están turbados por la «acumulación de ambigüedades, incertidumbres y dudas» en dogmas esenciales (n. 6). En este documento, y haciéndose eco de observaciones paralelas del Papa Pablo VI, se señaló la necesidad de estudiar sociológicamente la situación y actitud del hombre de hoy ante la fe, reflexionando luego sobre ello teológicamente (n. 2).

Ese mismo año encontramos otro análisis de la situación de la fe, ahora atendiendo a las consecuencias morales de ésta: «*Sobre la vida moral de nuestro pueblo*» (18.VI.1971). Se constata una alarmante y progresiva decadencia moral en muchos sectores (n. 3).

La causa de esta decadencia es doble, una doctrinal y otra moral. De una parte, hallan los Obispos omisiones de algunas verdades esenciales de la fe en la predicación y en publicaciones; este silencio ha debilitado la fe, produciendo un difundido confusionismo doctrinal. Esta debilidad de

fe se agrava por el abandono de la vida sacramental, en especial de la confesión de los pecados (n. 5).

En el documento sobre «*Algunos aspectos de la situación religiosa de España*» (8.VI.1972) se trae a colación una nueva manifestación de la debilidad de la fe: en España se extiende un clima de desconfianza hacia la Jerarquía (n. 4).

Las «*Orientaciones pastorales sobre apostolado seglar*» (27.XI.1972) constatan que crece el número de bautizados que viven al margen de la Iglesia, mientras se extiende en ellos el indiferentismo y el ateísmo (n. 9).

El «*Comunicado final*» de la asamblea plenaria del 9.V.1974, subraya de nuevo el confusionismo doctrinal de muchas publicaciones religiosas y el deterioro de la moralidad pública que tiene lugar bajo el pretexto de liberalización.

Documentos de la Conferencia Episcopal desde 1975

Una vez incoado el nuevo régimen político, el primer documento importante sobre la situación de la fe es «*La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo*» (28.VII.1983). En él se reconoce de una forma terminante que existen personas y grupos dentro de la Iglesia con concepciones heterodoxas de la fe: sin embargo, estos grupos tienen poca influencia directa en un pueblo que sigue siendo creyente, pero que tiene una deficiente formación y una débil coherencia de vida religiosa (n. 20).

Valientemente, los Obispos apuntan la necesidad de olvidarse ya de pequeñeces intraeclesiales para centrarse en el gran reto de una nueva evangelización, en la cual será preciso «subrayar con fuerza los grandes contenidos de nuestra fe» (n. 22).

Las líneas maestras de dicha evangelización quedarán plasmadas en tres documentos programáticos. En el primero de ellos, «*El servicio a la fe de nuestro pueblo*» (24.VI.1983), se propondrá como primera línea de acción la de promover un proceso permanente de educación en la fe y evangelización, de catequesis a fondo.

Más tarde, en «*Testigos del Dios vivo. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad*» (29.VI.1985), constatando que a través de la «cultura oficial» se propagan fuertes fermentos de ateísmo y de indiferencia religiosa, favorecidos por el consumismo hedonista (n. 21), se pedirá a los católicos evitar el error de subrayar preferentemente las

consecuencias temporales de la fe para facilitar su aceptación, callando los dogmas centrales (nn. 22; 25).

Para combatir el ambiente de desconfianza y de increencia, el remedio es ahondar y purificar nuestra fe, hacerla más teológica y religiosa. Es preciso confiar en la fuerza del Evangelio y dejar «a Dios y a Jesucristo manifestarse como han querido hacerlo, dejándoles ser quienes son, sin domesticar su palabra, ni someterla al filtro de las expectativas de una determinada coyuntura histórica» (n. 26).

La acritud del anticatolicismo de la misma cultura oficial será denunciada más fuertemente en el documento: «*Los católicos en la vida pública*» (22.IV.1986). La cultura actual —se señala— contiene algunos elementos negativos: pragmatismo, hedonismo, escepticismo, materialismo (n. 18); y, sobre todo, el rechazo u olvido de Dios (n. 20). La secularización ha afectado a la conciencia de muchos cristianos, que reducen lo religioso al culto y a la vida privada (n. 47).

Han disminuido los signos sociales de la trascendencia; las autoridades apoyan el secularismo, el ateísmo y la permisividad moral (n. 91). Por todo ello, es necesario «intensificar la autenticidad de nuestra vida cristiana y promover la presencia y actividad de seglares católicos», coherentes con su fe, en la vida pública (n. 93).

El tercer documento a que nos hemos referido no tiene sólo estilo programático, sino que es formalmente un programa pastoral: «*Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras. Programas pastorales para el trienio 1987-1990*» (27.II.1987).

Con cierto detalle se describen los factores preocupantes de la situación de la fe: a) hay sectores de la sociedad española a los que no llega la evangelización. La cultura de la increencia afecta también a los católicos: hay rutina y cansancio en la evangelización (n. 19); b) falta coherencia en el modo de ejercitar las responsabilidades políticas de acuerdo con los valores cristianos (n. 21); c) las generaciones medias y jóvenes, dentro y fuera de la Iglesia, tienen reparos para aceptar la institucionalización de la vida moral y religiosa (n. 25); d) grupos influyentes promueven una propaganda antirreligiosa: «lo católico es con frecuencia silenciado o ridiculizado». Este ambiente afecta a sacerdotes, religiosos y laicos (n. 26); e) la cultura laicista achaca a la Iglesia los males de la historia de España (n. 27).

La propuesta de los Obispos es una pastoral enérgica que muestre cómo el Evangelio es liberador y humanista, para transformar esos criterios imperantes (n. 28). Esa pastoral se concreta en:

— saber adaptarse al lenguaje de las personas jóvenes —destinatarios privilegiados de la atención pastoral, en cuanto constituyen el futuro de España—, pero presentando siempre a Jesucristo «sin concesiones ni rebajas» (n. 30).

— fortalecer la fe de los cristianos, tanto el conocimiento de la revelación como la actitud de adhesión-conversión, «atendiendo sobre todo a lo *fundamental cristiano*» y ayudando a profundizar las convicciones (n. 32).

— ante el secularismo, avivar la referencia explícita a Dios Creador, Redentor y Salvador en Jesucristo (n. 35).

— ante el individualismo antiinstitucional, desarrollar el conocimiento y estima de la Iglesia de Cristo, que nos une a Dios (n. 36).

— «intensificar la formación y promoción del laicado», de manera que sea a la vez «evangelizado y evangelizador» (n. 37).

Las tres Pastorales de los Obispos de Navarra y País Vasco

A continuación vamos a dedicar una especial atención a tres recientes Pastorales de los Obispos de Navarra y del País Vasco que merecen tener aquí un tratamiento más amplio por su extensión, por su temática y por hacer referencia al contexto social inmediato en el que se halla inmerso el autor de estas líneas.

Las tres Cartas Pastorales colectivas, firmadas por los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, correspondientes a los años 1986-1988, afrontan los dos grandes focos de interés de la fe cristiana —Dios y el hombre—, para concluir tratando del problema de la incredencia. Los Obispos tratan de descubrir el verdadero rostro de Dios hacia el cual el cristiano ha de convertirse, revelando cuál es el «hombre nuevo» en el cual debe transformarse y desvelando la inconsistencia de la incredencia.

El Dios de Jesucristo

La Pastoral de 1986, que lleva por título «*Creer hoy en el Dios de Jesucristo*», se propone a lo largo de sus casi cien puntos «anunciar al Dios de Jesucristo como Buena Noticia» para purificar la fe de los creyentes

y enraizarla en la existencia cotidiana; también desea interpretar la increencia de quienes no se reconocen cristianos (n. 6). Estos fines van a condicionar el alcance del discurso sobre Dios que harán los Obispos; en este sentido, antes del anuncio de «El Dios de Jesucristo» (nn. 29-50), se procede a un análisis de la increencia y de las deformaciones de la fe («*La fe en Dios, acosada en nuestra sociedad*», nn. 12-28), para enumerar por último los remedios contra esos males («*Conversión al Dios de Jesucristo*» nn. 51-92).

Perciben estos Obispos que los cristianos de hoy han de estar en condiciones de proponer a quienes no creen «la pregunta seria y responsable por Dios», la cual incite al increyente «analizar a y someter a crítica los motivos de su increencia» (n. 51). Los cristianos han de mover al increyente a que se enfrente a la cuestión del sentido de su vida, a que reconozca que la fe cristiana no ahoga la libertad ni el ansia de justicia, y llegue así a percibir que la fe en Jesucristo «brinda fundada paciencia y estímulo para el presente, fundado agradecimiento respecto al pasado, fundada esperanza ante el futuro» y que por tanto «es más razonable la opción creyente» (n. 52).

Para llevar a cabo este servicio apostólico a la fe eclesial es preciso que el cristiano purifique su propia fe, apoyando su vida sólo en Dios y rechazando la tentación de poner su esperanza en otras realidades, como el dinero, el sexo, la política, etc. Tales son las formas de *idolatría* que pueden acosar la fe del hombre contemporáneo.

Entre los fenómenos que los Obispos denuncian como deformación de la fe merece especial atención la secularización de la vida de tantos cristianos: «La profesión, la actividad pública, la vida sexual... discurren por sus propios derroteros o guardan muy débil referencia a Dios. Son *circuitos autónomos*» (n. 25). Para ellos, «Dios se pierde en una lejanía»(n. 26) y su fe «no se explicita casi nunca» (n. 27).

Nos encontramos ante una de las intuiciones más certeras de este documento. Esta «desactivación» de la fe, divorciada de la vida e inactiva para dirigirla, fue calificada ya por el Concilio Vaticano II como «uno de los más graves errores de nuestra época (*Gaudium et Spes*, 43), y el Concilio instó a Obispos y sacerdotes a corregir dicho error con una predicación que inundara con la luz del Evangelio las actividades temporales. En la misma línea, esta Carta Pastoral advierte la necesidad de «educar en la fe» al Pueblo de Dios. Para ello se apuntan objetivos básicos (nn. 84-92) y a ello se orienta la catequesis teológica sobre Dios que centra este documento (nn. 29-50).

Llegamos así a la cuestión central: ¿Cómo es el Dios que nos revela Jesucristo? «Jesús —se responde— nos enseña cómo se puede vivir en toda su hondura esta existencia frágil y caduca desde Dios y para Dios, como hijos» (n. 29). Lo que Dios revela sobre sí mismo está por eso en correspondencia con actitudes cristianas básicas:

- Dios busca al hombre y ama la vida, quiere liberar al hombre del mal;
- Dios no se hace presente en la fuerza y en el espectáculo, sino que adopta formas humildes y discretas;
- Dios es amor, perdona y tiene misericordia;
- Dios es Padre al que se puede invocar con confianza y al que se debe obedecer;
- Dios hace justicia a los pobres y se identifica con su causa;
- Dios revela en la Cruz que hace suyo el sufrimiento del hombre;
- Dios es quien salvará al hombre, resucitándolo y haciendo justicia;
- Dios es un misterio de amor trinitario al que el hombre es incorporado.

En suma, la Pastoral de 1986 inspira una exposición de la fe cristiana que debe subrayar aquellos aspectos más atractivos y positivos de Dios desde un punto de vista antropológico: «El nos ofrece esperanza incommovible en un mundo cuyo horizonte parece cerrarse a todo optimismo ingenuo» (n. 50).

El hombre nuevo

La Carta Pastoral de 1987 lleva por título «*En busca del verdadero rostro del hombre*» y tiene una extensión similar a la del año 1986. El motivo que la guía es también semejante: se entiende que el hombre está «necesitado más que nunca de esperanza», y que el Evangelio «puede ayudarnos a todos a afrontar nuestra tarea humana con un sentido más pleno». Ello es necesario si se considera cómo «los creyentes de nuestras comunidades cristianas no siempre aciertan a descubrir en su fe la luz y el estímulo necesario para vivir de manera digna y esperanzada», es decir, no saben que «ser cristiano es descubrir desde Jesucristo cuál es la manera más humana de enfrentarse a la existencia».

Decimos que el enfoque es casi el mismo que el del anterior documento, porque si entonces se anunciaba a Dios como fuente de sentido para la vida humana, ahora se habla de hombre para determinar si se vuelve realmente más humano «cuando se adhiere al Dios revelado en Jesucristo» (n. 1). Es decir, el punto de vista antropológico, ya antes determinante del discurso pero quedando implícito, se revela aquí explícitamente.

La estructura de la Carta Pastoral es también semejante a la anterior: se centra en la presentación de la fe cristiana —«*Dios con nosotros*» (nn. 33-41)—, como respuesta a la situación paradójica del misterio humano (nn. 5-28); en vista de ello se desarrolla un proyecto de acción: «*Hombres y mujeres nuevos*» y «*El hombre como tarea*» (nn. 43-66.)

El inicio de la Carta es un análisis «de los hombres y mujeres concretos que vivimos hoy en nuestra tierra» (n. 5). ¿En qué situación vital se hallan? Entre otros factores relevantes se destaca «un estilo de vida más secularizado donde lo religioso va perdiendo importancia» (n. 6), una honda división política —que lleva hasta la violencia—, la explosión del consumismo, la conflictividad social del paro y de la juventud marginada.

Tras trazar estas coordenadas sociales, se pasa a describir los rasgos del hombre que esas transformaciones sociales han creado. Para esta descripción se adopta un esquema dialéctico, presentando al hombre de hoy como una suma de «contradicciones»: el hombre busca la autenticidad, pero se deja alienar por la prisa y los medios de comunicación; quiere la liberación, pero se deja domesticar por dogmatismos políticos o por una existencia egoísta; está rodeado de gente y de bienes de consumo y se siente solo y vacío; domina la naturaleza, pero se siente amenazado por la inhumanidad desatada.

Algunos párrafos del análisis que acabamos de resumir son especialmente vigorosos:

— Se reivindica un concepto de libertad y de liberación genuinamente cristiano, —que no es préstamo ideológico—, utilizándolo como piedra de toque para juzgar dónde existe libertad real: ¿Qué libertad es ésta que consiste en quedar sometida a nuevas dependencias, ideologías, conformismos y esclavitudes? ¿No es ésta una liberación sin verdadera libertad, de la que no puede emerger un hombre realmente dueño de su destino? Nos engañamos cuando nos creemos libres y no somos sino «*esclavos satisfechos*» (n. 15).

— Se analiza la paradójica soledad que aqueja hoy al hombre en la

cultura de masas: «Hogares donde las personas se soportan con indiferencia; niños que no conocen el cariño y la ternura; jóvenes que descubren con amargura que el encuentro sexual puede encubrir un egoísmo engañoso. Amantes que se sienten cada vez más solos después del amor. Amistades que se disuelven en cálculos e intereses inconfesables» (n. 16).

— Se denuncia el maquiavelismo pragmático que ha permeado la mente ciudadana, diluyendo la conciencia moral: «Se ha hecho algo normal e indiscutible el considerar como importante para el hombre aquello que es útil y sirve. Esta manera de pensar se extiende hoy indebidamente a los diferentes sectores de la vida, de manera que hemos terminado por pensar que lo importante es *lograr* las cosas, como sea y al precio que sea, considerando que, de alguna manera, *el fin justifica los medios*. Creemos que aquí radica en una buena parte el carácter violento de muchos planteamientos socio-políticos» (n. 18). En definitiva, «el hombre moderno se siente perdido, impotente ante su propio poder, sometido a los nuevos ídolos que él mismo ha levantado, esclavizado por las fuerzas que ha desencadenado, amenazado en lo más profundo de su ser humano» (n. 19).

Ante esta situación, los Obispos se disponen a «ahondar en las contradicciones, preocupaciones y anhelos que vivimos los hombres y mujeres de hoy para descubrir con más lucidez las preguntas fundamentales a las que también hoy hemos de responder» (n. 20). Como se puede apreciar, este planteamiento es paralelo al de la Introducción de *Gaudium et Spes*.

«El hombre de todos los tiempos —se dirá enseguida— es contradicción. Siempre lo vemos en tensión entre sus posibilidades ilimitadas y su realidad» (n. 21); en definitiva, «somos un misterio para nosotros mismos» (n. 22). Siguiendo con ese esquema, se apunta que este estado de contradicción es insuperable: «el hombre superó unas contradicciones, pero lo hace generando otras» (n. 23), de forma que sus liberaciones no alcanzan nunca su liberación. Esta situación genera en el hombre un particular descontento, porque «el hombre no se realiza si no es haciendo el bien» (n. 23) y sus anhelos de bien chocan con la experiencia de muchos males que la amenazan: la enfermedad, la soledad, la vejez, la muerte... Ante esta tragedia de la vida surge la pregunta por «cuáles son aquellos valores auténticos que hemos de perseguir si queremos avanzar hacia la liberación real» (n. 26), surge el anhelo de un punto de referencia absoluto que oriente y dé sentido al vivir.

En este punto, siguiendo una vez más los pasos de *Gaudium et Spes*, los Obispos afirman que en Cristo está la respuesta al enigma del hombre.

Este anuncio de Cristo —muy breve (nn. 34-41)— está centrado en la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesús, explicadas *desde el sentido que estos misterios pueden dar a la experiencia de contradicción del hombre*.

Cristo encarnado «ilumina el proyecto humano» y en su vida está el criterio para determinar «qué es el hombre y a qué se le puede dar el nombre de humano» (n. 35). Cristo crucificado revela la solidaridad de Dios con el sufrimiento humano y desmitifica cualquier mecanismo humanista. Cristo resucitado, por último, «significa para los hombres la superación definitiva y plena de toda contradicción, la eliminación de todos nuestros problemas y sufrimientos, la liberación final de nuestra libertad» (n. 40). Como conclusión, preanunciada en las primeras palabras del documento, se afirma que «hay esperanza para todos», pues «todos los que se consagran a construir un mundo más humano, un día le conocerán» (n. 41).

Concluida la brevísima parte kerigmática, comienza una extensa exhortación pastoral a vivir como hombres nuevos «con el Espíritu nuevo que animó la vida de Jesús (n. 42). Se cifra primeramente ese espíritu cristiano en vivir «una existencia filial que se fundamente totalmente en El» (n. 43), una «obediencia filial de Dios» (n. 47) y el «amor fraterno a los hombres» (n. 48), que va más allá de la solidaridad.

Sobre las relaciones del hombre cristiano con las cosas del mundo se acentúa que «necesitamos un estilo de vida más sobrio y sencillo» (n. 54), propio de quien vive con señorío en el mundo sin dejarse dominar por el consumismo. Sobre la sociedad se reconoce el principio pluralista que va anejo al Evangelio: «no encontramos en Jesús proyecto político. No nos ofrece tampoco la estrategia concreta a seguir en cada situación» (n. 56), pero sí proporciona un espíritu que debe animar la sociedad.

Los Obispos recalcan que este espíritu de amor cristiano tiene una extensión universal: «no puede quedar restringido a un grupo determinado de personas de la misma clase social, la misma ideología o el mismo pueblo» (n. 58). Es propio también de lo cristiano aceptar la cruz de cada día: «preferir sufrir injustamente antes que colaborar con ninguna injusticia, perder dinero antes que perder dignidad, padecer mal antes que hacerlo» (n. 60); y es cristiana también la lucha por la vida «firme y coherente en todos los frentes: ante las muertes provocadas violentamente, ante el aborto o la eutanasia activa, ante el genocidio», etc. (n. 62).

La Carta Pastoral concluye con una llamada a la esperanza, a la «responsabilidad de hacernos más humanos dejándonos inspirar más profundamente por un amor liberador» (n. 65), y a la confianza en Dios sal-

vador: «Podemos enfrentarnos a la tarea humana, no con la angustia o desesperación, como si todo dependiera exclusivamente de nosotros, sino con la confianza y la paz de saber que todo depende también de ese Dios más fuerte, más fiel y más digno de confianza que nosotros mismos» (n. 64).

El reto de la increencia

Tras hablar positivamente —en años anteriores— del Dios que se revela en Cristo y del hombre nuevo que por la fe en Cristo es recreado, la Pastoral de 1988, titulada «*Creer en tiempos de increencia*», afronta explícitamente este problema: el rechazo de la fe. De hecho, este tema había estado presente intensamente como telón de fondo de las anteriores Pastorales, pues había sido el despertador y el factor desencadenante de la conciencia de una más urgente evangelización. El documento contiene un diagnóstico de la increencia, un análisis de sus raíces y algunas propuestas para su superación.

Comienza constatando el hecho de que «son muchos los creyentes que sienten hoy desconcierto y malestar profundo al verse confrontados a este clima general de increencia»; ese malestar es signo de que la increencia no afecta sólo a los alejados de la fe, sino que también hiere a los fieles: «la increencia que impregna la cultura moderna y los diversos ámbitos de la sociedad actual nos puede estar trabajando a quienes nos consideramos creyentes, para terminar instalándose de diversas maneras en nuestro corazón» (n. 3).

Con agudeza se advierte que la increencia no es sólo una actitud existencial radicalizada en algunos —pocos— que la profesan agresivamente, sino que es también un fenómeno cultural: «la cultura que se difunde en la sociedad está dominada por la increencia» (n. 6). Esta cultura no cristiana alimenta en muchos creyentes un estado de ignorancia doctrinal —«son muchos los que tienen una conciencia muy vaga de lo que creen» (n. 7)— y un deterioro de la virtud de la fe: «se extiende cada vez más la tendencia hacia la duda, la vacilación y falta de seguridad. (...) Poco a poco se van instalando en un estado de escepticismo e indecisión que lentamente se desliza hacia la indiferencia» (n. 8). Algunos llegan a desvincularse de la Iglesia, a abandonar la práctica religiosa y a apartar de su existencia las referencias éticas fundamentales.

Buena parte de la Pastoral se dedica a describir las formas actuales

de increencia, sus raíces y el itinerario que ella conduce. Estas consideraciones también están inspiradas estrechamente en *Gaudium et Spes* y, en buena parte, habían sido ya adelantadas en las dos Pastorales precedentes.

Algo semejante cabe decir sobre las propuestas para superar este cáncer de la fe. Se subraya el valor apologético del testimonio de vida cristiana, que siempre debe contener como dimensión necesaria el cultivo y el impulso de los valores humanos y humanizantes: «tal vez, la cuestión más decisiva para el futuro de la fe entre nosotros será el comprobar si el hombre es más humano cuando se le *diviniza* y se le deja solo, como dueño y señor de su existencia, o, cuando aprende a vivir desde la fe en el Dios liberador de Jesucristo» (n. 48). Porque el cristiano que es urgido a evangelizar no debe olvidar que «el hombre increyente actual se nos muestra profundamente necesitado de sentido, esperanza y liberación» (n. 49).

En estos momentos resulta especialmente urgente una pastoral intraeclesial, que se esfuerce por confirmar y desarrollar la vida cristiana de los creyentes integrados en la comunidad cristiana, pues éste es el medio más eficaz para promover una acción evangelizadora incisiva, que haga presente y efectiva la fuerza salvadora de Jesucristo en medio del mundo.

Una vez concluido el análisis de estos tres documentos, cabe afirmar que se inscriben, sin lugar a dudas, en el programa de servicio *a la fe* que se ha propuesto la Conferencia Episcopal Española. El eje de los tres es la confesión de la fe cristiana y una reflexión realizada desde el Evangelio que desea iluminar problemas pastorales reales y urgentes. Estas Pastorales expresan —al igual que el resto de los documentos episcopales antes estudiados— una preocupación sobre el estado de la fe. Pero forma parte del estilo propio de estas tres Pastorales una mayor preocupación por los aspectos antropológicos y sociológicos del problema.

A continuación vamos a detenernos en el tema del estado de la fe. Dejaremos de lado otras observaciones contenidas en estos últimos documentos; observaciones a veces interesantes, en ocasiones discutibles en su formulación —en cuanto dependientes de expresiones específicas de corrientes teológicas particularistas—, pero en todo caso accesorias respecto de este tema central.

El Episcopado español y la fe de los católicos

En los últimos veinticinco años nuestros Pastores se han mostrado preocupados por la debilidad de nuestra fe, debilidad manifestada en la crisis postconciliar de toda la Iglesia y en la crisis política del país.

Esa debilidad fundamental ha de situarse primeramente en la esfera moral: la formación doctrinal de los católicos españoles antes del Concilio era, en general, deficiente. Las raíces cristianas de la gran mayoría del país no producían los frutos deseables en tema tan clave como la moral social.

Los tiempos difíciles del postconcilio agravaron esta situación. La estimulación de los naturales efectos sociales de la fe se hizo en muchos casos equivocadamente, fomentando una desproporcionada admiración hacia ideologías materialistas de cuño colectivista. Como ha expresado el Cardenal Enrique Tarancón: «Se produjo una desorganización general que trajo consigo el desconcierto de muchas gentes de buena voluntad (...), se extendieron por todas partes las actitudes de contestación y de protesta, las ansias de revisión y reorganización, las experiencias en todos los órdenes»¹. La gran extensión de ideas y experimentos litúrgicos que parecían romper con la gran tradición eclesial, junto con el silencio de aspectos fundamentales de la moral y del dogma, propició entre el pueblo fiel el desconcierto y la desorientación en materias de fe.

Con la llegada del nuevo régimen político la cultura preponderante se enfrenta progresivamente con la Iglesia de modo agresivo². Las grandes masas, sobre todo la juventud, son bombardeadas por una propaganda subliminar que lleva a presentar la fe cristiana como elemento reaccionario propio del pasado.

El Cardenal Marcelo González describía así la situación en 1979: «En las generaciones adultas, de cuarenta años en adelante, hay una mayor vivencia de la fe y también mayor anticlericalismo; en los más jóvenes, de los dieciocho a los cuarenta años, más humanismo, mayor indiferencia ante lo religioso, sea o no católico, y menos anticlericalismo; en la adolescencia, gravísimo peligro de descristianización acelerada, ya que su inmadurez les hace más vulnerables a la presión turbadora del ambiente, a la debilidad y desconcierto de los padres, al agnosticismo o a la confusión de muchos escritores, al falso concepto de las libertades, a la autosuficiencia tan reivindicada por ellos y tan malignamente fomentada por los *mass media* y por los educadores»; y proseguía: «en lo que llamamos el mundo de la cultura (...) lo católico pierde vigencia; lo simplemente religioso, al

1. Mons. V. ENRIQUE TARANCON, *Conferencia en el Club «Siglo XXI»* (28.VI.1978), en AA.VV. *Iglesia y política en la España de hoy*, Salamanca 1980, p. 71.

2. Cfr. *Ibidem*, p. 73.

menos como referencia a lo que se llama el drama de la existencia humana, todavía aparece»³.

La Jerarquía de la Iglesia en España ha ido denunciando con continuidad y agudeza loables todo este proceso. Además, desde la visita del Papa Juan Pablo II a este país, los Obispos españoles se han propuesto con nuevo empuje la tarea de reevangelización de esas masas apartadas de la Iglesia.

Hay que subrayar que dicha reevangelización es fundamentada por los Obispos en una fidelidad personal y comprometida de pastores y laicos con la fe viva católica. A la vez se recomienda la tarea de anunciar dicha fe en un lenguaje apropiado a los tiempos, pero el énfasis se coloca en la integridad de la fe, que no puede ser traicionada so pretexto de adaptación.

Reflexiones teológicas sobre el estado de la fe

¿Cuál es la preocupación más grave que se deja traslucir en estos documentos de los Obispos españoles? Algo que quizás podría denominarse como «recesión de la fe». En muchos sacerdotes y hombres de Iglesia late hoy una conciencia de «acoso» cultural y un cierto pesimismo, inconfesado pero operativo.

Los Obispos tratan de infundir esperanza a la comunidad cristiana, mostrando que el núcleo del Evangelio no sólo es presentable al hombre actual, sino que éste hombre necesita del Evangelio para salir de las crisis que le agobian.

Para alcanzar este objetivo muchas de las Pastorales analizadas contienen —en opinión nuestra— las líneas maestras de una cierta apologética de la fe. Una apologética renovada, que se escribe según el nuevo estilo de la *Gaudium et Spes*. Es decir, se nos presenta una exposición del cristianismo atenta a superar prejuicios hostiles y malentendidos culturales, interpretando cada contenido de la fe desde las inquietudes del hombre actual.

Esta última observación merece ser comentada con detenimiento. El Concilio, en efecto, ha destacado que la presentación más creíble de la fe

3. Mons. M. GONZALEZ, *Conferencia en el Club «Siglo XXI»* (22.V.1979), en AA.VV., *Iglesia y política en la España de hoy*, Salamanca 1980, pp. 95-96.

es aquella que tiene forma de testimonio. Dar testimonio implica que, si bien el testigo tratará convenientemente de hacerse comprensible ante sus interlocutores —en la medida en que ello sea posible—, no debe ser éste su principal objetivo. La primera preocupación del testigo es servir a la Verdad salvífica que, más que algo poseído, lo posee a él mismo; de ahí que esa preocupación se traduzca en «no alterar ni omitir los contenidos fundamentales de la revelación y de la fe tal y como son interpretados y vividos auténticamente por la Iglesia. La correlación que en el diálogo evangelizador y pastoral se establece entre el mensaje que se quiere anunciar y los factores sociales y culturales, no puede hacerse de tal manera que la soberanía de Dios y sus promesas queden sometidas a la primacía de las expectativas o preferencias de una cultura determinada»; de modo que hay que «saber ofrecer a los demás de manera clara y sencilla, por todos los medios posibles los acontecimientos fundamentales nuestra salvación, sin ocultar nada, dejando a Dios y a Jesucristo manifestarse como han querido hacerlo, dejándoles ser quienes son, sin domesticar su palabra, ni someterle al filtro de las expectativas de una determinada conyuntura histórica»⁴.

En definitiva se exige del testigo cristiano una total honradez intelectual, tanto frente al Evangelio como frente a las necesidades humanas de sentido y de autenticidad. Esta honradez ha de estar fundada en la esperanza de que el Evangelio auténticamente interpretado proporcionará —sin necesidad de facilonas acomodaciones foráneas— respuesta salvífica a las auténticas inquietudes humanas.

Pero, los cristianos actuales, ¿están en condiciones de dar este testimonio que el mundo necesita?

El estado de la fe de los cristianos preocupa hondamente a los Obispos: «la gran muchedumbre de creyentes (...) manteniéndose fieles a una práctica religiosa habitual o, al menos, frecuente, conciben o viven su comportamiento religioso como una parcela de su existencia que tiene escasa incidencia en el conjunto de las áreas de la vida humana», «su fe y su experiencia humana constituyen dos mundos casi incomunicados». Otros, que ni siquiera practican: «dicen *creer algo* sin que esa creencia sea, de manera apreciable, orientadora ni motivadora de su comportamiento»⁵. En consecuencia, preocupa a los Obispos, antes que la increencia, el poco dinamismo de la fe de sus fieles.

4. *Testigos del Dios vivo*, nn. 25-26.

5. *El Dios de Jesucristo*, I, 6.

Esta inercia de la fe de los cristianos, divorciada en tantos casos de la vida, es un obstáculo de categoría para que el mundo pueda percibir con claridad la imagen de Cristo, es una neblina que desdibuja su figura y priva al Evangelio de la luminosidad y del atractivo que contiene. Tantos cristianos no saben hacer de sus vidas un anuncio atrayente del «hombre nuevo», de una humildad redimida que Cristo lleva a la plenitud de sus posibilidades naturales.

¿Cuál es la causa de esa inercia, de esa cierta esquizofrenia espiritual, de esa falta de vitalidad? Ciertamente la etiología de este fenómeno no puede ser simplista: las causas son muchas y complejas de definir. Deben mencionarse entre ellas la ignorancia religiosa —una imagen de Dios difusa, deformada y poco vigorosa— y también otra causa más general pero no menos importante, la agresividad de una cultura imperante que está inspirada en algunos valores cristianos, pero que ha acogido también principios anticristianos, y así tiende a acorralar la fe cristiana y a constreñir su existencia al ámbito de lo sentimental y de lo estrictamente privado.

Igualmente ha de tenerse en cuenta en el proceso que venimos señalando otro factor que los Obispos ponen de relieve: el elemento moral. La fe de tantos cristianos parece anónima, queda marginada de las grandes preocupaciones humanas, y se muestra inerte y es avasallada por «idolatrías» de diverso cuño, porque «está muerta» (*Sant.* 2,6). En este punto se puede reconocer la propiedad con que la categoría bíblica citada es recogida por la teología moral cuando enseña que el pecado mortal desvitaliza la fe, la neutraliza, la paraliza, la encoge, la desnaturaliza.

Naturalmente, este factor moral negativo —el pecado— ha estado operante a lo largo de toda la historia de la Iglesia y, en ese sentido, no valdría traerlo a colación. Lo típico de nuestro tiempo no es la existencia de ese cáncer en la vida cristiana del Pueblo de Dios, sino —como ha puesto de relieve el Sínodo de los Obispos de 1984— la notable recesión en la práctica eclesial de la reconciliación sacramental con Dios.

La enfermedad es antigua pero en nuestro tiempo se aplica perezosamente el remedio, la terapia. Y la sensibilidad de los Obispos españoles ha sabido detectar en sus documentos una de las consecuencias graves de este fenómeno: falta de vitalidad espiritual, incapacidad para llevar a cabo iniciativas evangelizadoras, recesión cultural de la fe, desdibujamiento del impulso cristiano en la vida social.

Estos síntomas preocupantes son potenciados aún por un factor cultural eventualmente predominante: la tendencia a la pasividad e incluso al «pasotismo» que debilita a la sociedad actual. Para acentuar esta debilidad

concurrer elementos múltiples y diversos: una cultura de la imagen que estimula la sensibilidad hasta enervarla y relega a segundo plano la palabra y el concepto; una cultura del consumo, que instrumentaliza los instintos y el afán posesivo del hombre, que promueve el hedonismo y ahoga la libertad del espíritu; una cultura de los *mass media* que pone en unas pocas manos el control sobre opiniones y tendencias populares y que tiende a uniformar reacciones y puntos de vista; una cultura de «Estado-Providencia» que inhibe las iniciativas y el protagonismo de las personas y de las asociaciones en las cuales lo personal aún no está totalmente mediatizado por la estructura.

Indudablemente, todos estos factores inciden también sobre la vida de fe del cristiano. Hoy, el cristiano es bombardeado por imágenes televisivas desde la infancia, acostumbrado a largas horas de pasiva recepción de telefilms, sin que en la escuela se le eduque en una seria disciplina intelectual. Por otro lado la pedagogía que se le imparte descuida intencionalmente la educación de la memoria.

¿Qué consecuencias tiene ello sobre la fe? La revelación cristiana es marcadamente verbal y no teofánica ni icónica; correlativamente, la fe es alimentada principalmente *ex auditu* y no tanto *ex visu*. Si la revelación se consumó en Cristo, la fe debe ser esencialmente *mnemónica*, debe ser recuerdo de la salvación que Cristo nos alcanzó en la cruz. En este sentido, la debilitación de la capacidad humana para escuchar, discernir, presenciar y poseer (mediante la memoria) la Palabra de Dios no es indiferente a la dinámica de la vida de fe, sino que pesa como factor negativo que obstaculiza su desarrollo. El bloqueo de esta dinámica tiene forma de *frivolidad*. La semilla evangélica cae sobre el camino sin penetrar el campo de la subjetividad, sin ser interiorizada, sin ser asumida en la vida.

Esta situación lleva a sospechar que la agresividad de la cultura de la imagen es *inhumana*. Un juicio semejante merecerían otros factores culturales antes aludidos.

En definitiva, éstas y las otras causas de la pasividad de la fe que en este análisis hemos señalado permiten apuntar prioridades pastorales. Algunas de ellas son aplicables con cierta inmediatez, como serían las encaminadas a estimular y facilitar la práctica sacramental de la reconciliación con Dios entre los fieles, y las orientadas a una catequesis más incisiva y constante. Otras medidas son ciertamente más difíciles de arbitrar, aunque no por ello podrían ser relegadas al olvido.

La acción pastoral ha de tener en cuenta —como recientemente ha puesto de relieve Walter Kasper— que la debilitación de las actitudes exis-

tenciales creyentes tiene su origen en la ignorancia religiosa, en una catequesis deficiente, parcial, que quizá no ha sabido ser cauce transparente de la doctrina evangélica, la cual en ocasiones ha quedado lamentablemente edulcorada y difuminada⁶.

Además es preciso promover una revolución cultural, afrontando el reto de humanizar los *mass media*. Pero, sobre todo se trata de estimular desde la fe los hábitos éticos fundamentales que deben conformar al cristiano que ve la televisión, que compra en los grandes almacenes, que está sometido al influjo de una información ideologizada, que es impulsado al cómodo absentismo y a un individualismo egoísta.

La Iglesia debe, pues, llenarse de energía y de coraje. El problema de la increencia, teórica y práctica, será superado si los cristianos sabemos trabajar en esos dos campos señalados por el Concilio Vaticano II: la insistencia en lo esencial del misterio cristiano y el despliegue apostólico hacia el mundo. Es decir: la fe debe crecer en interioridad y, a la vez, hacerse cultura. Ninguna de estas dos dimensiones complementarias puede postergarse si la Iglesia quiere experimentar una nueva vitalidad en los umbrales del tercer milenio.

En definitiva —y volviendo sobre las consideraciones que introducían este artículo—, pensamos que un Magisterio episcopal atento al pulso del hombre de cada tiempo goza de un peculiar carisma para reconocer sus enfermedades y para guiarle convincentemente en su salvación. El teólogo, a la vez que reconoce ese carisma, colabora con él.

Pero es preciso reconocer que, tanto o más que la antropología atenta a las disposiciones del hombre contemporáneo frente a la fe, debe pesar en el análisis del Pastor y del teólogo otro factor, el que concurre *desde arriba y desde dentro* en la fe del hombre, es decir, la libertad del amor divino. El hombre no es en su historia un solitario; su existencia no es tanto una odisea como un drama, alentado por la esperanza en la acción del actor divino. Esa acción es constante pero no sigue parámetros determinables *a priori*. Pastores y teólogos deben contar con ella.

Contar con la acción actual del Espíritu Santo, articulada a través de las personas singulares a las cuales santifica y a través de las institucio-

6. Cfr. W. KASPER, *Was alles Erkennen übersteigt. Besinnung auf den christlichen Glauben*, Freiburg i. B. 1987, pp. 12; 50s.

nes salvíficas que suscita, permite al Pastor y al teólogo acceder al verdadero corazón de la realidad histórica, más allá de la mera constatación sociológica o psicológica de fenómenos.

De esta manera, el análisis del estado de la fe de una comunidad, por muy grave que aparezca, nunca conducirá al pesimismo o a la pasividad; por el contrario, el hombre de fe verá en las circunstancias negativas el reto que la Providencia propone a su caridad apostólica y la ocasión de experimentar en nuestro tiempo que la fe vence al mundo.

J. M. Odero
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA